deis juzgar así, vosotros que sois los padres de la sociedad, pero tambien los patronos de la gloria científica de la Francia."

Este discurso produjo un grande efecto, sobre todo en una interesante peroracion en que Gaudoy invocó alternativamente la piedad y la religion de los jueces. Pero á pesar de los esfuerzos del célebre abogado, el crímen era demasiado flagrante, demasiado odioso para que fuese permitido absolver al culpable.

Mateo Barthas fué condenado por unanimidad de votos á ser enrodado vivo y luego descuartizado, como convicto de sacrilegio, homicidio y traicion.

Oyó el sábio su sentencia sin palidecer; pero el abogado no pudo soportar aquel golpe: cayó desmayado, y fué preciso sacarle de la sala.

VIII.

La ejecucion de la sentencia se fijó para el dia siguiente, pues en aquel tiempo no habia, como hoy, gados de apelacion.

Vuelto en sí de su desmayo Pedro Gaudoy, pidió permiso al procurador general del parlamento para pasar al lado del reo las pocas horas que le quedasen despues de cumplir sus deberes religiosos. Este permiso le fué otorgado, y en su virtud se trasladó á la Consejería á las tres de la tarde.

A las siete se le vió salir muy embozado en su toga, pues el viento era fresco y los corredores de la Consejería muy húmedos.

El dia siguiente fué el preboste á la cárcel acompañado de sus arqueros y del macero del parlamento, así como de los delegados del tribunal, del confesor, del verdugo y de sus cuatro criados.

Pero al penetrar en el calabozo todos estos personajes, quedaron atónitos al encontrar en lugar de Mateo Barthas al abogado Pedro Gaudoy.

—¡Pardiez! señor Gaudoy, dijo Juan de Plaimpré, no puede menos que tengais el diablo en el cuerpo para venirnos ahora con este papel de comedia.

—Señor preboste, cada uno obra como le parece.

—Claro es que sí, replicó el preboste; pero las cabezas mejor organizadas se dejan á veces llevar de muy singulares.... estravagancias.

Y señalando con la mano al verdugo, añadió Juan de Plaimpré:

—¿No sabeis, señor Gaudoy, que al compadre le importa poco la calidad del reo? Abogado ó médico, lo mismo le da: lo que él necesita es un cuerpo en que lucir su habilidad.

—Sé bien lo que me espera, repuso Gaudoy. Llevadme, pues, señor preboste; estoy dispuesto.

—¡Diantre! esclamó el preboste! ¡qué priesa teneis porque os rompan los huesos, señor Gaudoy!

—Mas vale sufrir que aguardar, dijo el abogado.

—¡Oiga! dijo el preboste, ¿es esa vuestra opinion? Pues por mi parte, mejor quiero estar aguardando veinte años que enrodado diez minutos.... Pero, vamos á ver, en conciencia, ¿qué demonio encarnado os ha sugerido esta calaverada?.... ¿Es Barthas pariente vuestro? ¿Le debeis algun favor especial?.... Mas ¡por las barbas de San Pedro, que es pagar demasiado caro el parentesco ó las deudas de gratitud!

—Os equivocais en vuestras conjeturas, dijo Gaudoy. Yo no conocia á Barthas mas que de nombre hasta que me encargué de su defensa. Pero he visto que es un genio que ha hecho y puede hacer todavía grandes servicios á la humanidad. Por eso me he convencido de que valia mas fuese él quien viviera.

Y despues de un momento de silencio, Pedro Gandoy añadió con una triste sonrisa, pero con voz firme y resuelta:

—Ea, pues, llevadme y cumplid vuestro deber.

—¡Oh! ¡oh! dijo el preboste reflecsionando. Que Barthas sea un grande hombre y un hombre muy de bien, quiero concederlo; pero, ¡por las parrillas de San Lorenzo! no le quedais vos en zaga en cuanto á grandeza de alma, señor Gaudoy.

—Señor preboste, dijo el abogado, vamos cuando gusteis.

—¡Pues, señor! ¡vamos! contestó el preboste retorciéndose los bigotes. ¡Ya que lo tomais así!... pero, ¡por la cruz de Cristo,! que en mi vida he visto un hombre tan impaciente porque le descuarticen!

El preboste estaba conmovido y comprimia á duras penas una lágrima que amenazaba humedecer su rostro marcial. Quedóse largo rato pensativo. Sin duda alguna pensaba sériamente en el hecho estraño que presenciaba.

Pedro Gaudoy le sacó de su meditacion.

—Señor preboste, dijo, estoy esperando á que tengais á bien mandar que nos pongamos en marcha.... Reflecsionad que para el hombre que debe morir, el aguardar es mil veces mas cruel que el mismo suplicio.

El preboste miró á Pedro Gaudoy con el ademan de un hombre estupefacto y murmuró luego en voz baja:

—¡Está endemoniado este maldito!

Y refrenando un poco su emocion, añadió:

—¡Por San Bartolomé! Tiempo hay para llevaros al suplicio; yo voy ahora mismo á contar al rey nuestro señor vuestra rara travesura.

En seguida Juan de Plaimpré se marchó á grandes pasos á fin de ocultar su enternecimiento á las gentes que le rodeaban, pues conocia que á pesar de sus contorsiones, no podia ya contener por mas tiempo las lágrimas que le arrancaba el sublime sacrificio de Gaudoy. Habiendo, pues, dado órden á sus arqueros de que esperasen su vuelta, corrió á informar á Cárlos V de lo que pasaba. El monarca que comprendia las bellas acciones y las almas nobles, ordenó poner incontinenti en libertad al abogado, que fué luego uno de los magistrados mas distinguidos de Francia.

Bueno es añadir que el rey, lo mismo que cuantos habian conocido á Barthas, se alegró de su evasion y se felicitó de la buena accion de Pedro Gaudoy.

. . . . . .

El médico Mateo Barthas se refugió primero en Hungría; pero de allí se trasladó luego á Constantinopla. Mas adelante, concluyó por unirse á los cenobitas del monte Líbano. Allí expió con una vida de arrepentimiento, de estudio y de oracion, el crímen á que le habia conducido un amor demasiado grande á la ciencia.

TRIBUNALES CORRECCIONALES.

UN PORTERO ULTRAJADO.

El Sr. Bernabé Sorey tiene el insigne honor de abrir la puerta, tirando de una cuerda *ad hoc*, en una casa sita en la calle de San Luis, no lejos de la plaza llamada antes Real.

El Sr. Bernabé es un hombrecillo seco y estenuado, muy irritable y muy rabioso, como es achaque de todos los bípedos humanos que no han podido pasar de cuatro piés y diez pulgadas.

El Sr. Bernabé ha hecho citar á M. Emilio Perret, acusándole ante el tribunal de injurias de palabra y obra, y reclama la módica suma de 50,000 francos por via de indemnizacion.

El presidente. El demandante tiene la palabra.

Bernabe. Mi queja está dicha en dos palabras. El señor me ha pegado; el señor me ha hecho medir la tierra con mis espaldas; el señor me ha herido de gravedad.

El presidente. ¿En qué circunstancias han tenido lugar esas violencias?

Bernabe. Por la noche.... El señor ha dado en retirarse á horas que no son regulares.

El presidente. No es eso lo que se os pregunta. Lo que se os pregunta es por qué razon os ha pegado el señor.

Bernabe. ¡Por qué razon! A mí nadie tiene razon para pegarme.

Viendo que del querellante no puede sacarse nada en limpio, el presidente toma el partido de preguntar al acusado.

Este es un jóven de veinte á veintidos años de edad, bastante buena figura, y de un esterior decente. Parece que le inspira muy poco cuidado su comparecencia ante el tribunal, y conversa con otros jóvenes que están entre el auditorio.

El presidente. Mr. Perret, cuando os parezca hora de concluir vuestra conversacion, respondereis á mis preguntas.

Mr. Perret. Mil perdones, señor presidente, disimulad mi distraccion, y mandad cuanto gusteis.

El presidente. Tened la bondad de esplicarnos cómo vos que pareceis una persona bien educada, habeis podido propasaros á maltratar á este hombre.

Mr. Perret. No tengo inconveniente en contaros toda la historia de pe á pa.

El presidente. Ya os escucho.

Mr. Perret. Yo ocupo un cuartito de la casa en que Bernabé es portero.

Bernabe. Conserje, caballerito.

Mr. Perret. Sea conserje, enhorabuena. Al principio de mi instalacion allí, estaba yo muy satisfecho de mi domicilio. La casa es tranquila, el portero tenia buenos modos, y me entregaba con puntualidad las cartas que venian para mí. De consiguiente, me iba muy bien.

Bernabe. Y á todos lo mismo. El señor tenia buena conducta; no salia mas que para almorzar y comer; á las ocho ya estaba metidito en casa todas las noches.... Así, estábamos en la gloria....

Mr. Perret. Pero pronto las maneras del portero.... quiero decir, del conserje, sufrieron una transformacion completa. Ya no me avisaba cuando alguno habia venido á verme estando yo fuera.... y si respondia á mis preguntas era para dar pares de coces.

Bernabe. Sr. presidente, yo no puedo consentir que se me trate de caballo.

Mr. Perret. Tambien dan coces los jumentos; veo que no entendeis de metáforas. Digo, pues, que el señor conserje se hizo un hombre muy grosero.

Bernabe. Yo no puedo disimular. Me da grima ver á ese caballerito recibir mujeres en su casa.... y recogerse á las mil y quinientas.... y....

Mr. Perret. Las groserías del portero me importaban á mí dos caracoles; pero se permitia hacerme esperar tres cuartos de hora á la puerta de la calle.... y eso comenzó á impacientarme.

Bernabe. Pues ni por esas escarmentaba el señorito.

Mr. Perret. Y no solo esto. Si venia una carta, en lugar de subírmela, como solia hacer antes, el maldito portero se contentaba con gritar desde abajo: ¡Mr. Perret!... ¡una carta!....¡tres sueldos!.... Ya comprendereis, señor presidente, que todo esto me incomodaba mucho.... En fin, no queriendo entrar en contestacion con ese cancerbero, me determiné á aguantar hasta concluir el mes que tenia pagado en la casa. Pero no parece sino que el Sr. Bernabé se habia propuesto sofocarme.

Bernabe. Mas habeis querido sofocarme vos, pues no sé cómo no he muerto ahogado en vuestras manos.

Mr. Perret. Todas las noches, como he dicho, me tenia ese hombre á la puerta treinta ó cuarenta minutos; y mientras iba yo subiendo la escalera, se quedaba gruñendo y refunfuñando, diciendo pestes de mi persona.

Bernabe. ¿Por qué no os retirábais cuando todo el mundo? y no que me hacíais levantar de la cama para ir á abrir.

Mr. Perret. ¿Y por qué os acostábais?

Bernabe. ¡Bueno fuera estar esperando en vela hasta que os diese la gana de venir!

El presidente (*á Perret.*) ¿Erais, pues, vos siempre el último que se recogia?

Mr. Perret. Sí señor.

El presidente. Y os retirábais muy tarde..... puesto que este pobre hombre tenia que levantarse de la cama.

Mr. Perret. Permitid, señor presidente. En la casa de que se trata, todos los inquilinos se acuestan á las siete en invierno y á las nueve en verano. Esta es regla constante. De suerte que cuando yo me retiraba á las diez, Bernabé llevaba sesenta minutos de cama.... Ademas, la dueña de la casa tiene un miedo serval á los ladrones, y quiere que á la entrada de la noche se echen los cerrojos y aldabas de la puerta, lo cual es causa de que Bernabé no pueda abrir tirando de la cuerda del picaporte, sino que tiene que descorrer los cerrojos cada vez que un inquilino ó una visita quiere entrar despues del crepúsculo.

El presidente. ¿Son ciertos estos pormenores, Bernabé?

Bernabe (*restregándose las manos*). ¡Oh! sí señor; sí señor.... La casa está en un pié respetable, aunque me esté mal el decirlo.

Mr. Perret. Como Bernabé se mete indefectiblemente en la cama al dar las nueve, resulta que despues de esta hora ha de salir á abrir en camisa y gorro blanco.

El presidente. Todo eso no esplica las vias de hecho á que os habeis propasado.

Mr. Perret, (*sonriéndose*). Estas vías de hecho se reducen á poca cosa. Una noche que me retiré á las once, Bernabé me abrió hecho una furia, y juró que en adelante me dejaria pasar la noche en la calle... Fastidiado de majaderías tan tercas, concebí la idea de una pequeña venganza....Ya os he dicho el traje con que sale á abrir.... pues bien, le arrimé tres ó cuatro lapos en.... como se hace en los chicos cuando no son buenos..... Esta pequeña correccion redobló el furor de Bernabé, que se vino hácia mí gritando que era menester que le pagase con la vida el ultraje que habia recibido.... Yo le dí un empujon, y se cayó sobre el rasca-barro que hay en el portal.... Ahí está todo mi delito.

Habiendo reconocido Bernabé la verdad de los hechos, el tribunal no encuentra materia de condenacion, y absuelve al acusado.

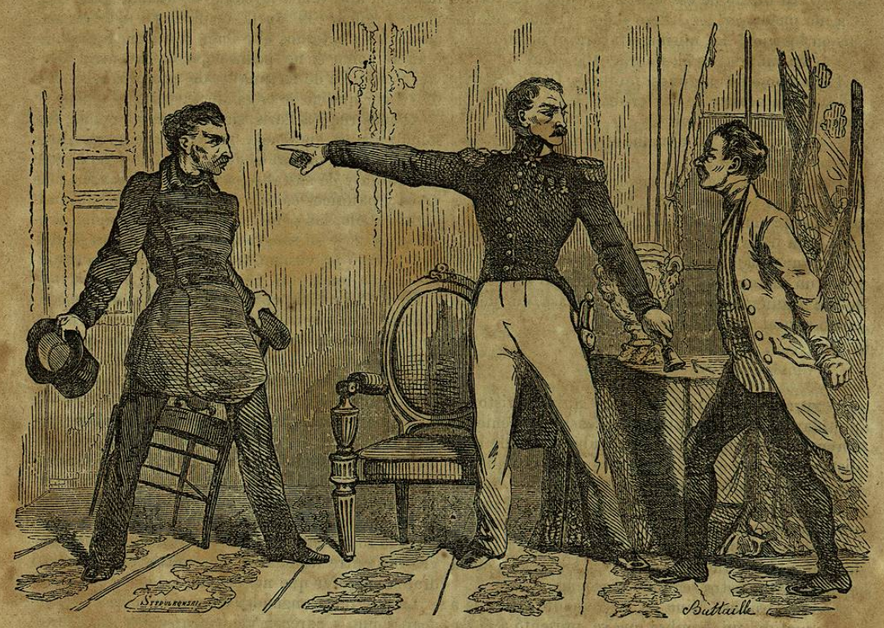
Bernabe. ¿Y mis 50.000 francos de indemnizacion?

El presidente. ¿Os han producido las heridas una incapacidad para el trabajo?

Bernabe. Me han puesto en la incapacidad de sentarme. (Risas.)

El presidente. No ha lugar á vuestra demanda.

Bernabe (*levantando las manos al cielo y marchándose.*) ¡Oh república! ¡he aquí cómo se hace justicia en tu *nueva era!*.... Se niega una indemnizacion á las heridas de un hombre hecho y derecho, y se condecora á los monigotes de la movilizada!



PEDRO COIGNARD.

(EL SUPUESTO CONDE DE SANTA ELENA)

USURPACION DE NOMBRES Y DE TITULOS; ROBOS; ESTAFAS; TENTATIVA DE HOMICIDIO

I.

Una hermosa mañana del mes de Mayo de 1818, se agolpaba una numerosa muchedumbre á las avenidas de la plaza de Vendóme, donde pasaban revista las tropas de la guarnicion de Paris

Mientras todo el mundo contemplaba el buen porte y aire marcial de los soldados y el brillo y variedad de los uniformes, un hombre situado en primera fila entre los curiosos, miraba y remiraba con singular atencion á uno de los oficiales superiores que mandaban las maniobras militares.